Leer el tarot Rider-Waite para otros

Cómo conducir una sesión de tarot: la pregunta inicial, la comunicación, los límites y qué decir cuando una lectura no encaja

Julian Merebrook

Créditos

Leer el tarot Rider-Waite para otros

Cómo conducir una sesión de tarot: la pregunta inicial, la comunicación, los límites y qué decir cuando una lectura no encaja

Julian Merebrook

Leer el Rider-Waite de verdad, tomo 4

Primera edición, 2026.

— Derechos —

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por la legislación sobre propiedad intelectual. Ninguna parte del libro puede copiarse, almacenarse en un sistema de recuperación ni difundirse por ningún medio sin autorización previa y por escrito del titular, salvo las citas breves que la ley permita con fines de comentario o reseña.

Las sesiones que aparecen en estas páginas, con sus nombres, edades, profesiones y diálogos, son ejemplos inventados para enseñar. Si alguna se parece a una conversación real, es casualidad.

— Origen de las imágenes —

Las cartas reproducidas pertenecen a la baraja Rider-Waite-Smith, diseñada en 1909 por Pamela Colman Smith y reproducida de una edición de dominio público. Los escaneos proceden de Wikimedia Commons (categoría «Rider-Waite-Smith tarot deck») y reproducen la edición original de 1909 de Rider & Co., Londres, que es de dominio público.

Las citas de textos antiguos, cuando las hay, van entrecomilladas, con el nombre de su autor y la obra de la que proceden.

— Antes de empezar —

Este libro trata de cómo se conversa alrededor de una lectura de cartas. Está escrito para quien ya lee el tarot por su cuenta y empieza a hacerlo para otras personas. Lo

que propone es una manera de hablar con calma, de pedir permiso, de reconocer lo que no se sabe y de dejar la decisión donde corresponde, que es en manos de quien consulta.

El tarot se presenta aquí como una herramienta de reflexión y de entretenimiento. Una carta ofrece una imagen, y esa imagen puede servir de punto de partida para pensar en una situación, ordenar ideas o formular mejores preguntas. No predice el futuro, no revela hechos que nadie haya contado y no garantiza ningún resultado. Cuando el texto dice que una carta «sugiere» algo o que «invita a preguntarse» por algo, lo dice en ese sentido y no en otro.

Nada de lo que contiene este libro sustituye el consejo de un médico, de un psicólogo, de una abogada ni de un asesor financiero. Si una situación afecta a tu salud, a tu estado emocional, a tus derechos o a tu dinero, o a los de la persona que tienes delante, el camino es acudir a un profesional cualificado. Los capítulos que tratan de preguntas sensibles explican cómo decirlo con respeto y sin dramatizar, pero explicar cómo derivar no equivale a ejercer.

Leer este libro tampoco te habilita para ejercer ninguna profesión regulada. No sustituye una titulación, una colegiación ni una formación reglada, y no sirve como certificación de nada. Si decides cobrar por tus lecturas, infórmate de las normas que se apliquen en el lugar donde vivas; el libro no las trata.

Las sesiones de estas páginas son siempre entre personas adultas, y así debe ser también la práctica que de ellas se derive. Un menor necesita la presencia y la responsabilidad de un adulto, y ese caso queda fuera de este libro.

Úsalo como se usa un buen cuaderno de taller: lee las conversaciones con lápiz, discute los turnos con quien practique contigo y desconfía de cualquier frase, incluidas las del autor, que no puedas sostener con algo que se vea en la carta.

Índice

Antes de empezar

Introducción 5

Parte I · Antes de sacar las cartas 15

1 · Acordar qué sesión vamos a tener 16
2 · Permiso, privacidad y notas 29
3 · Escuchar la pregunta inicial 43
4 · Explicar el método sin impresionar 57

Parte II · Durante la lectura 74

5 · Hablar desde la imagen 75
6 · Preguntar sin dirigir 89
7 · Acompañar el ritmo 103
8 · Recibir un desacuerdo 119

Parte III · Situaciones difíciles 134

9 · Cartas que inquietan 135
10 · Terceros que no están 149
11 · Peticiones de certeza y consejo sensible 163
12 · Repetir para obtener otra respuesta 179

Parte IV · Cerrar y mejorar 192

13 · Corregir una lectura equivocada 193
14 · Resumir y comprobar lo que se ha entendido 207
15 · Sesión presencial y a distancia 220
16 · Practicar y revisar la propia conducta 237

Para consultar

Acuerdo de sesión 252
Frases de límite 255
Rúbrica de práctica 260
Glosario 264
Para seguir leyendo 267

Introducción

Leer las cartas para ti es una cosa. Leerlas para otra persona, con su cara delante, sus silencios y su manera de decir «sí» cuando quiere decir «no sé», es otra bastante distinta. Este libro trata de esa segunda cosa: de la conversación que rodea a las cartas, más que de las cartas mismas.

Al terminar esta introducción podrás

- explicar qué cambia cuando hay otra persona sentada al otro lado de la mesa;
- distinguir, en cualquier frase de una sesión, lo que se ve, lo que se infiere y lo que no consta;
- leer una transcripción con sus turnos numerados, sus notas y su reparación;
- reconocer las cuatro posiciones de la tirada que usaremos en todos los capítulos y explicar por qué no cambian;
- situar la izquierda y la derecha de una carta sin equivocarte, también cuando la persona la mira del revés.

— Lo que cambia cuando hay alguien delante —

Si ya te lees las cartas a ti mismo, sabes cómo funciona la cosa. Barajas, sacas, miras, piensas, quizá escribes unas líneas. Nadie te interrumpe, nadie te corrige, nadie pone cara de «eso no tiene nada que ver conmigo». Si una interpretación te sale torpe, la cambias en silencio y sigues. El único testigo de tus errores eres tú, y tú eres un testigo muy indulgente.

Cuando hay otra persona delante, todo eso se acaba, y no por una razón misteriosa. Se acaba por razones de lo más corrientes. Hay una persona con una pregunta que quizá no ha terminado de formular. Hay una expectativa que no has oído y que puede ser muy distinta de la tuya. Hay un tiempo limitado, un tono de voz que se ajusta sin querer a lo que el otro parece necesitar y una tentación constante, casi física, de decir lo que suena bien en lugar de lo que la carta sostiene. Y hay algo más delicado: lo que digas se queda con esa persona. Tú olvidarás la sesión en una semana; ella puede recordar una sola frase durante años.

Este libro parte de una observación sencilla: la mayoría de los problemas de una sesión de tarot no nacen de interpretar mal una carta. Nacen de la conversación. Alguien afirma como hecho lo que era una conjetura. Alguien responde a una

pregunta que nadie ha hecho. Alguien se queda callado y el otro rellena el silencio con un diagnóstico. Alguien dice «tú ya has decidido irte» sin que el otro haya mencionado nunca irse. La carta, mientras tanto, sigue sobre la mesa diciendo exactamente lo que decía: un hombre con una vara, una figura que se aleja, un cielo de color rarísimo. La carta casi nunca es la culpable.

De ahí que aquí se hable poco de simbolismo y mucho de turnos de palabra. Cómo acordar qué sesión se va a tener. Qué se hace con los datos que la persona confía. Cómo escuchar una pregunta sin cambiarla por otra. Cómo hablar desde la imagen sin dictar sentencia. Qué responder cuando oyes «eso no encaja conmigo», cuando la carta inquieta, cuando preguntan por alguien que no está, cuando piden una certeza que nadie puede dar. Cómo corregirte en voz alta cuando te has equivocado, y cómo cerrar comprobando qué ha entendido de verdad la otra persona, que casi nunca coincide con lo que tú creías haber dicho.

No es un manual de técnica esotérica, ni de negocio, ni de terapia. Es un libro sobre conducta: sobre cómo comportarte con decencia y con claridad cuando alguien te da el privilegio de sentarse a tu mesa.

— La escala de tres grados, ahora en una conversación —

Quien haya leído los tomos anteriores de esta serie reconocerá el instrumento. Para quien llega aquí sin haberlos leído, lo explico entero, porque todo el libro depende de él.

Toda afirmación que se hace sobre una carta cae en uno de tres grados.

El primero es lo que se ve. Es lo que cualquiera puede comprobar mirando la imagen: que el Mago levanta una vara blanca con el brazo que queda a la izquierda del lector y señala el suelo con el otro; que hay una mesa roja con una copa, un disco con una estrella y una espada; que sobre su cabeza flota un símbolo de infinito; que abajo crecen rosas rojas y lirios blancos. Cualquiera, esté de acuerdo o no con el significado, puede ir a la carta y verificar eso. Si dos personas discrepan sobre un dato de este grado, se miran la carta y se acabó la discusión.

El segundo es lo que se infiere. Es lo que se deduce de lo que se ve, con mayor o menor fortuna: que al tener a mano un objeto de cada palo el Mago dispone de recursos variados; que el gesto de una mano arriba y otra abajo sugiere un puente entre dos planos; que una figura de pie y de frente puede leerse como una persona preparada para actuar. Son lecturas razonables, pero ya no se pueden comprobar

mirando. Dependen de la tradición, del contexto y del criterio de quien lee. Se dicen con verbos de posibilidad: «podría», «se podría leer», «invita a preguntarse».

El tercero es lo que no consta. Es todo aquello que ni la carta muestra ni la inferencia autoriza, y que solo puede aportar la persona que consulta: qué hizo su hermano el martes, si el puesto de trabajo le interesa de verdad, con quién vive, qué quiso decir con esa palabra. Cuando una sesión se tuerce, casi siempre es porque algo del tercer grado se ha tratado como si fuera del primero.

En un libro para leer las cartas a solas, la escala se aplica al texto que escribes en tu cuaderno. En una conversación se aplica a cada turno. Y aquí aparece la dificultad que da título a este tomo: en una sesión no hablan una voz sino dos, y hay que saber a cuál pertenece cada cosa que se dice. Por eso al final de cada razonamiento, además de la pregunta que ya conoces —¿qué hay en la carta que sostenga esto?—, vas a hacerte otra: ¿quién ha dicho eso, la carta o la persona?

Veamos cómo funciona con una frase cualquiera. Supón que, con el Mago delante, quien lee dice: «Tienes todo lo necesario para empezar tu negocio». Pasémosla por los tres grados.

Que haya una mesa con varios objetos se ve. Que esos objetos puedan leerse como recursos disponibles es una inferencia aceptable. Pero que la persona tenga un negocio en mente, que lo quiera empezar y que cuente con lo necesario, no consta en ninguna parte: no está en la carta, y nadie lo ha dicho en la conversación. La frase mezcla los tres grados en un solo golpe y suena muy segura. Una versión mejor sería: «En la mesa hay un objeto de cada palo y él los tiene a la vista. Esa imagen puede leerse como tener recursos al alcance. ¿Te suena eso en relación con lo que querías preguntar?». Hay más palabras, sí. Pero cada una sabe de dónde viene.

Un resumen para tener a mano:

Grado	De dónde viene	Cómo se dice	Ejemplo con el Mago
Se ve	De la imagen, comprobable por cualquiera	En indicativo, sobre la imagen	«Hay una copa, un disco con una estrella y una espada sobre la mesa»
Se infiere	De la tradición y del criterio de quien lee	En condicional o con verbos de posibilidad	«Podría leerse como recursos al alcance»

Grado	De dónde viene	Cómo se dice	Ejemplo con el Mago
No consta	Solo de la persona que consulta	Como pregunta, o no se dice	«¿Qué recursos tienes tú a la vista para esto?»

Conviene fijarse en la última fila. «No consta» no significa «no se habla de ello». Significa que no se afirma: se pregunta, o se espera a que la persona lo aporte. La diferencia entre una lectura que acompaña y una que dirige está en esa fila.

— Para quién es este libro, y para quién no —

Está escrito para quien ya lee las cartas para sí y empieza a leerlas para otros: amigos, familia, conocidos, a veces gente que paga y a veces gente que no. Casi todos los que empiezan así comparten dos temores contradictorios. Por un lado, que se note que no tienen una autoridad que nadie les ha dado. Por otro, que se les vaya la mano y acaben diciendo cosas que no pueden sostener. Este libro no te enseña a fingir una autoridad. Te enseña a prescindir de ella: a trabajar con lo que sí tienes, que es una imagen que ambos podéis mirar y una conversación que podéis conducir con honradez.

Tampoco encontrarás aquí la explicación de las setenta y ocho cartas, ni una teoría del tarot, ni un método para ganar dinero con él, ni consejo sobre las obligaciones legales de nadie en ningún país: eso, en lo que a este libro respecta, no consta. Si se cobra, solo hablaremos de acordar con claridad qué se ofrece, cuánto dura y qué cuesta. Todas las sesiones de estas páginas son entre adultos, y así tiene que ser en las tuyas.

— Cómo se leen las transcripciones —

Cada capítulo gira alrededor de una sesión ficticia que se reproduce turno a turno, como si alguien hubiera estado tomando notas. Conviene decirlo ya, y con todas las letras: no he escrito aquí ninguna sesión real, ni mía ni de nadie. Los nombres, las edades, las preguntas y las situaciones son inventados. Algún parecido con una persona concreta será una casualidad, y los casos están construidos para enseñar, no para contar vidas. No te fíes de ninguna sesión de estas páginas como prueba de que el tarot acierta; no están ahí para eso.

Los turnos van numerados y cada uno empieza por su número y su papel: «T1 · Lector», «T2 · Consultante», y así hasta el final. Quien lee y quien consulta tienen

nombres distintos en cada capítulo, y las edades y los orígenes varían. Verás algo parecido a esto:

T1 · Lector (Aurelio): Antes de sacar nada, ¿qué te gustaría llevarte de esta media hora?

T2 · Consultante (Marisol): No sé muy bien. Quería saber si me va a ir bien en el trabajo.

T3 · Lector (Aurelio): «Si me va a ir bien» es una pregunta enorme. Si te parece, buscamos una más pequeña que podamos mirar juntos. ¿Qué es lo que te tiene pensando estos días?

Ese fragmento es mío y no pertenece a ningún capítulo; solo sirve para enseñarte el formato. Fíjate en que cada turno es un párrafo, que nadie habla en bloque y que no hay negritas ni comentarios entre medias. Las transcripciones se leen como se leería una conversación grabada, y los comentarios llegan después, ordenados.

Tras cada transcripción van las notas, que citan los turnos por su número: «En T7, la lectora afirma...». Las notas señalan qué se dijo bien, qué se dijo mal y de qué grado era cada afirmación. Después viene una tabla de cuatro columnas, siempre las mismas: turno, afirmación, evidencia —la carta o la persona— y reparación. Esa tabla es el corazón del capítulo. Ahí se ve con claridad quién dijo qué, qué lo sostenía y cómo se podía haber dicho mejor.

Una regla del libro, que te pido que no olvides: en cada transcripción hay al menos un error, y es deliberado. No he querido escribir sesiones impecables porque no sirven para aprender. Una sesión perfecta enseña lo que hay que hacer, pero no cómo reconocer cuándo se está haciendo mal ni qué hacer entonces, y eso es precisamente lo que de verdad hace falta en una mesa. Así que cada sesión contiene un tropiezo reconocible, y la tabla lo localiza.

La reparación merece una advertencia aparte. En ninguna de estas sesiones se reescribe un turno anterior. Cuando alguien se equivoca en T9, no se vuelve atrás y se corrige T9 como si no hubiera pasado: se dice algo nuevo en un turno posterior, en voz alta y delante de la otra persona. Es lo que pasa en la vida. Las palabras ya están dichas y se reparan con más palabras, no con un borrador limpio. Aprender a hacerlo con naturalidad, sin dramatismo y sin ponerse a la defensiva, es una de las habilidades más útiles de este libro.

Al final de cada capítulo hay dos ejercicios. El primero consiste en reparar un turno que se te da roto. El segundo, en responder a una interrupción, a un desacuerdo o a una petición nueva sin ampliar el alcance que se había acordado. Sus criterios de corrección no miran si la otra persona confirma lo que dijiste: miran si

entendió lo que dijiste y si pudo decidir con libertad. Una sesión que termina con el consultante diciendo «tienes razón en todo» no tiene por qué haber ido bien; muchas veces significa lo contrario.

— La tirada fija de cuatro posiciones —

En todos los capítulos de este libro vas a ver la misma tirada: cuatro cartas en una fila, con los mismos cuatro rótulos. Lo único que cambian son las cartas que caen en ellas y, sobre todo, la conversación que las rodea.

Los rótulos son estos:

Posición	Rótulo	Qué se coloca ahí
1	Pregunta acordada	La pregunta o el tema que ambos han aceptado trabajar, no el que se dio al principio sin pensarlo
2	Recurso del consultante	Algo con lo que la persona cuenta o puede contar, según ella misma
3	Dificultad declarada	La dificultad que la propia persona ha nombrado, no la que quien lee supone
4	Cierre	Lo que la persona decide llevarse, no lo que quien lee quiere que se lleve

Fíjate en que los cuatro nombres hablan de la persona y de lo que dice, no de predicciones. Ninguna posición se llama «futuro», «resultado» ni «lo que va a pasar». No lo he hecho por escrúpulo decorativo. Lo he hecho porque esa decisión determina todo lo demás: si la posición 3 fuera «obstáculo», quien lee tendría que decidir cuál es, y entonces estaría hablando por la persona. Con «dificultad declarada», si la persona no ha declarado ninguna, la posición queda en espera hasta que ella hable.

La tirada es fija a propósito. Un libro sobre conversación que cambiara de tirada en cada capítulo estaría pidiéndote que prestaras atención a dos cosas a la vez: la novedad del esquema y la novedad del diálogo. Con una tirada que ya conoces de memoria, puedes dedicar toda la atención a lo que se dice. La estructura queda quieta

para que se vea cómo se mueve lo demás. Es el mismo principio por el que en un laboratorio se cambia una sola variable cada vez.

Hay otra razón, más práctica. Una tirada corta de cuatro cartas se puede conducir con calma en una conversación de media hora, sin tener que apresurarse ni dejar posiciones sin mirar. Con diez cartas en un esquema complicado, quien lee acaba atendiendo más al esquema que a la persona, y esa es otra forma de no escuchar. Si algún día quieres ampliar la tirada, es asunto tuyo y de tu criterio; para aprender a conversar, cuatro bastan.

Y una precisión sobre el orden. Las cartas se colocan de izquierda a derecha según las posiciones 1, 2, 3 y 4, y se comentan en ese mismo orden salvo que la conversación pida otra cosa; cuando eso ocurra, el texto lo dirá y explicará por qué. Cada capítulo empieza con una imagen de las cuatro cartas de su sesión con los rótulos puestos. Míralas antes de leer la transcripción, aunque sea un minuto. Cuando llegues a una frase como «aquí la figura mira hacia la izquierda», tendrás ya la imagen en la cabeza.

— Izquierda y derecha —

En cualquier libro sobre imágenes hay una fuente de confusión silenciosa, y es la más tonta de todas: la izquierda y la derecha. ¿La izquierda de quién? ¿De la figura que está en la carta o de quien la mira? El tarot tiene historia de errores por esta causa. Hay lectores que han atribuido a una carta la dirección de otra, y más de una descripción publicada gira a un personaje hacia el lado contrario del que mira.

La regla de este libro es única y no tiene excepciones: izquierda y derecha son siempre las de quien mira la carta, es decir, el lector. Cuando digo que el Mago levanta la vara con el brazo de la izquierda, quiero decir el brazo que queda a la izquierda de la imagen tal como la ves tú. No es la mano izquierda del Mago; esa, desde su propio punto de vista, es la que queda a tu derecha. Basta con que la regla sea una sola. Si en algún momento hiciera falta una excepción, la señalaré expresamente.

Hay un caso particular que conviene aprender desde ahora, porque se da en cada sesión presencial. Cuando estás sentado frente a otra persona y colocas una carta sobre la mesa, la orientas de manera que tú la veas bien. La persona que consulta, al otro lado, la ve boca abajo respecto a ti: lo que para ti es la izquierda de la carta, para ella queda a su derecha, y lo que para ti es arriba, para ella es abajo. A veces se resuelve girando las cartas hacia el consultante; entonces eres tú quien ve la imagen invertida. Y hay quien prefiere sentarse al lado, y entonces el problema desaparece.

Lo importante no es qué solución elijas, sino que sepas que existe el problema y que lo nombres en voz alta. Una frase tan simple como «cuando diga izquierda me refiero a la izquierda de la carta tal como la veo yo; si te lío, dímelo» evita una cantidad asombrosa de malentendidos. Si dices «la figura mira hacia la izquierda» y la otra persona ve la carta al revés, estás describiendo una imagen que ella no está viendo. Podéis pasar un buen rato sin entenderos y ninguno sabrá por qué.

En el capítulo 15, dedicado a las sesiones presenciales y a distancia, volveremos sobre esto con detalle, porque una videollamada añade una capa más: la cámara puede invertir la imagen como en un espejo. Por ahora, queda dicho: aquí, la izquierda y la derecha son las de quien mira la carta, y cuando una imagen se presente espejada, el texto lo dirá.

— El descargo, dicho con claridad —

El tarot es, en este libro, una herramienta de reflexión y de entretenimiento. Una baraja de setenta y ocho cartas ilustradas, diseñada en 1909, sirve muy bien como superficie sobre la que proyectar preguntas, ordenar ideas y conversar con alguien. No predice el futuro. No diagnostica enfermedades, no resuelve problemas legales, no sustituye a un médico, a un abogado, a un psicólogo ni a un asesor financiero. Las cartas, en estas páginas, sugieren, invitan a preguntarse, abren una conversación; no dicen lo que va a pasar.

Este libro tampoco te habilita para ejercer ninguna profesión regulada, ni te da ninguna autoridad que antes no tuvieras. Leer las cartas para otro es una actividad que se hace con humildad, y esa humildad no es un adorno: es parte del método. Cada vez que veas en estas páginas el verbo «podría», no lo leas como una muletilla. Es la forma precisa de decir que estás en el segundo grado de la escala y no en el primero.

Si alguna vez una persona que consulta contigo te plantea algo que excede lo que una conversación sobre cartas puede abordar —un malestar que te parece serio, una decisión de salud, un conflicto con consecuencias legales—, la respuesta honesta es decir que eso queda fuera del alcance de la sesión y sugerir que consulte con un profesional adecuado. Aprenderás a decirlo sin brusquedad en los capítulos de la tercera parte.

— La serie, en cuatro líneas —

Este es el cuarto y último tomo de la serie Leer el Rider-Waite de verdad. Cada tomo se puede leer por separado, pero conviene saber qué hace cada uno para no esperar de este lo que ya está en otro.

- Cómo leer el tarot Rider-Waite, tomo 1: la síntesis general, es decir, cómo se lee una tirada completa a partir de lo que muestran las cartas.
- El lenguaje secreto de los símbolos del Rider-Waite, tomo 2: los símbolos de las imágenes, uno a uno, y lo que sostienen y lo que no.
- Tarot Rider-Waite del amor y las relaciones, tomo 3: las cartas aplicadas a las preguntas sobre pareja y vínculos.
- Leer el tarot Rider-Waite para otros, tomo 4, el que tienes en las manos: cómo conducir una sesión con otra persona.

Si te falta alguno de los otros, no pasa nada. Cuando una sesión de este libro necesite leer una carta, lo hará en una o dos frases, con la imagen delante, y no te hará falta nada más.

— Cómo usar este libro —

Hay dos maneras razonables de recorrerlo. La primera es seguir el orden. Los capítulos van de lo que ocurre antes de sacar las cartas, pasando por lo que ocurre durante la lectura y por las situaciones difíciles, hasta el cierre y la práctica. Cada uno se apoya un poco en el anterior, y lo ideal es no saltarse los ejercicios.

La segunda es leerlo por urgencia: si mañana te sientas con alguien y te inquieta una situación concreta, ve al capítulo que la trata. Los apéndices están pensados para eso. El acuerdo de sesión es un modelo de una página que puedes leer en voz alta o entregar; las frases de límite son cuarenta frases pensadas para decirlas en voz alta, cada una con su motivo; la rúbrica sirve para observar una sesión de práctica; el glosario fija el sentido de los términos que usamos.

Antes de seguir, te propongo un ejercicio rápido para comprobar que has entendido la escala de tres grados. Tómate un minuto.

Pruébalo

Lee estas tres frases, dichas por una lectora que tiene delante al Mago. Para cada una, decide a qué grado pertenece (se ve, se infiere o no consta) y reescribe la que mezcle grados.

1. «El Mago tiene una mesa con una copa, un disco con una estrella y una espada.»
2. «El Mago aparece de frente y con un brazo levantado, así que podría leerse como alguien dispuesto a actuar.»
3. «Tú ya sabes lo que quieres hacer con tu vida, solo te falta atreverte.»

Pista: una de las tres no puede salir de la carta. Pregúntate para cada una qué hay en la carta que la sostenga, y quién la ha dicho. La solución, con su porqué, está en la propia escala: la primera se ve, la segunda se infiere, y la tercera no consta; para que pase a ser una pregunta honesta, podrías escribirla como «¿Sientes que ya sabes lo que quieres hacer, o aún lo estás pensando?».

Y una última advertencia, antes de empezar de verdad.

Error frecuente

Tratar la propia intuición como si fuera un dato de la carta. Cuando «sientes» que a la persona le pasa algo, eso es una impresión tuya: pertenece al segundo grado como mucho, y a menudo al tercero. Puedes ofrecerla como pregunta, nunca como información. La razón es sencilla: la persona no tiene manera de comprobar lo que tú sientes, y por tanto no puede discutirlo, y una afirmación que no se puede discutir es una afirmación que dirige.

Un último consejo de manejo. Los ejercicios de este libro se escriben, pero se piensan mejor hablando. Cuando una frase te salga bien en el papel, dila en voz alta y a velocidad normal, como si hubiera alguien enfrente, y fíjate en dónde tropiezas. Casi siempre el tropiezo está en un «seguro», un «claramente» o un «lo que pasa es que», que sobraban. Una frase que cuesta pronunciar suele afirmar más de lo que sostiene. Y si puedes, ensáyala con alguien que no sepa nada de cartas: si a esa persona le suena a sentencia, lo notarás en su cara antes de que diga nada.

Cuando tengas la tirada en la cabeza, la regla de izquierda y derecha clara y las dos preguntas a mano —¿qué hay en la carta que sostenga esto?, ¿quién ha dicho eso, la carta o la persona?—, pasa al primer capítulo. Allí empieza la parte más difícil de cualquier sesión, que además es la más descuidada: antes de sacar ni una sola carta, ponerse de acuerdo sobre qué sesión se va a tener. Si en algún momento dudas por dónde seguir, vuelve a esas dos preguntas: bastan para la mayoría de las situaciones del libro, y todo lo que sigue consiste en practicarlas con calma en cada fase de la sesión.

Parte I

◆ Antes de sacar las cartas ◆

Capítulo 1

Acordar qué sesión vamos a tener

Antes de barajar hay una conversación que decide casi todo lo que viene después: qué se va a mirar, cuánto va a durar, qué espera la persona que tienes delante y si de verdad quiere seguir. Este capítulo convierte esa conversación en un procedimiento, con frases que se pueden decir en voz alta, y lo prueba en una sesión ficticia donde el lector promete lo que no puede cumplir y tiene que desdecirse.

Al terminar este capítulo podrás

- presentarte a quien consulta sin inflar tu autoridad y sin disculparte de más;
- acotar el alcance de una sesión en una frase que la otra persona pueda repetir con sus palabras;
- fijar una duración, avisar antes de que se agote y decidir con la persona si se cierra o se amplía;
- descubrir qué espera la persona y qué haría con la respuesta, antes de sacar ninguna carta;
- pedir un sí claro para seguir y aceptar un no sin que la sesión se resienta.

Hasta aquí te has leído las cartas a ti mismo. Eso tiene una ventaja que casi nunca se nombra: no hace falta ponerse de acuerdo con nadie. Tú decides la pregunta, tú decides cuándo paras, tú decides qué hacer con lo que salga. Cuando aparece otra persona, cada una de esas decisiones deja de ser tuya en exclusiva y pasa a ser un acuerdo. Un acuerdo que se hace antes de sacar la primera carta o no se hace nunca, porque una vez que las cartas están sobre la mesa, la imagen empuja y la conversación ya no tiene tanta libertad para volver atrás.

Todo lo que sigue es ficción en cuanto a personas: Aurelio, Marisol y sus compañeros no existen, y la sesión que verás transcrita no ha tenido lugar. Son ejemplos fabricados para que puedas mirar cada frase con calma. La conversación es entre adultos, que es el único supuesto de este libro.

— Presentarse —

Quien se sienta frente a ti trae una pregunta y, sin decirlo, una suposición sobre lo que eres tú. Puede suponer que ves el futuro, que sabes de psicología, que has hecho

esto cientos de veces o que estás a punto de emitir una sentencia. Las suposiciones no se corrigen con un discurso; se corrigen con una presentación corta y verdadera, dicha antes de tocar las cartas. Treinta segundos bastan: tu nombre, cómo trabajas y qué no haces. Nada más.

Para decidir qué cabe decir de ti con honradez, aplica la escala de tres grados a tu propio currículo. Lo que se ve: llevas un tiempo leyendo las cartas, las has leído para ti y para gente cercana, y tienes una manera de hacerlo que puedes explicar paso a paso. Lo que se infiere: que eso te permite conducir una conversación ordenada. Lo que no consta: un don, un título, una acreditación, una tasa de aciertos. Si no puedes sostenerlo con un hecho, no lo digas. «Llevo años leyendo las cartas» está bien si es cierto y puedes poner la cifra; «tengo mucha experiencia», sin más, es una promesa que la otra persona entenderá como una garantía. Y no inventes años ni anécdotas: en este libro todas las sesiones son ficticias y el autor no te va a contar ninguna como si hubiera ocurrido.

Una presentación sencilla suena así: «Me llamo Aurelio. Lo que hago es mirar cuatro cartas contigo y hablar de lo que se ve en ellas. No predigo lo que va a pasar y no sustituyo a nadie que te pueda aconsejar de verdad. Tú tienes la última palabra sobre lo que una carta significa en tu vida». Son cuatro frases. Ninguna pide permiso para existir y ninguna pretende ser lo que no es.

Hay un error frecuente que conviene nombrar: presentarse con una humildad exagerada. «Yo solo soy un aficionado, no me hagas mucho caso, igual me equivoco» parece modestia y es un descargo disfrazado. Deja a la persona sin saber qué puede esperar, y a ti te libera de explicar tu método, que es justo lo que ella necesita oír. El error contrario, la solemnidad («las cartas hablan a través de mí»), coloca una voz por encima de la tuya y de la suya. La pregunta que sostiene la presentación es la de este libro: ¿qué hay en lo que digo de mí que sostenga esto?

Con amigos y familiares la presentación se salta casi siempre porque «ya nos conocemos». Es un descuido caro. Tu amiga sabe cómo te llamas, pero no sabe si esta tarde vas a hacer de amigo o de lector, y en cada papel se te pueden pedir cosas distintas. Una frase que marca la frontera: «Hoy te leo las cartas; si quieres mi opinión de amigo, te la doy aparte y te aviso cuando cambie de papel». Suena formal, y evita muchas confusiones, sobre todo cuando la lectura toca algo que los dos conocen.

Un último detalle práctico: la baraja está en la mesa, no en tus manos, y no la barajas mientras te presentas. Así la presentación queda separada de la lectura, y la

persona sabe cuándo termina una cosa y empieza la otra. También sabe, sin que se lo digas, que no hay prisa.

— El alcance —

El alcance es lo que se va a mirar y lo que no, dicho en una frase. Una sesión sin alcance se parece a un viaje sin destino: se acaba hablando de todo, no se decide nada y la persona se marcha con la sensación de haber hecho mucho y no saber qué. El alcance protege a las dos partes. A ella, porque le dice qué puede esperar. A ti, porque te da un criterio para no contestar cosas que no puedes contestar.

Casi nadie llega con una pregunta que se pueda leer. Llegan con un deseo («dime si...»), con un relato largo o con una ansiedad sin forma. Convertir eso en una pregunta que se pueda mirar es trabajo de las dos personas y ocupa buena parte de la sesión; el capítulo 3 lo desarrolla. Aquí solo hace falta lo previo: fijar el perímetro antes de entrar en el contenido. La tabla siguiente muestra el desplazamiento típico.

Lo que la persona pide	Lo que se puede mirar en una sesión
«¿Me van a dar el puesto?»	Qué quiere tener presente de sí misma ante esa decisión
«¿Me irá bien el viaje?»	Qué le preocupa del viaje y qué parte depende de ella
«¿Debo mudarme?»	Qué pesa para ella en cada lado de la decisión
«¿Qué piensa mi socio de mí?»	Qué quiere ella resolver en la relación de trabajo

Un alcance bien puesto cumple cinco condiciones. Cabe en una frase. La persona puede repetirla con sus palabras. Habla de lo que ella puede mirar, decir o hacer, no de lo que decidirán otros. Cabe en la duración acordada. Y dice, aunque sea por contraste, qué queda fuera. Esta última condición es la que más se olvida. Lo que queda fuera suele ser siempre lo mismo: la decisión de un tercero, un diagnóstico, una cuestión de dinero o de ley. De nada de eso consta nada en una carta, y decirlo desde el principio evita que se te pida a mitad de sesión, cuando ya hay confianza y negarse cuesta más.

Una imagen puede servir de recordatorio. En el Mago, de pie y de frente, con una vara blanca en la mano alzada, se ve a la izquierda de quien mira la carta una mesa roja con una copa, un pentáculo y una espada. Todo está a la vista y en poco espacio. Un

alcance bien puesto funciona igual: pone sobre la mesa lo que se va a manejar y no esconde nada, y por eso mismo deja claro que lo demás no está ahí. ¿Qué hay en la carta que sostenga esto? Una mesa con cuatro objetos contados, no una mesa infinita.

El alcance se puede cambiar, pero solo por acuerdo. Si a los diez minutos la persona pide otra cosa, hay tres salidas honestas: ampliar el alcance de común acuerdo, dejar lo nuevo anotado para otra sesión, o ignorarlo con una frase clara. Lo que no se debe hacer es deslizarse. Un alcance que crece sin que nadie lo diga es la manera más habitual de acabar contestando lo que no se puede.

— La duración —

La duración parece un detalle logístico y es una decisión de fondo. Una sesión sin hora de fin no tiene forma, y la falta de forma beneficia a quien tiene más ganas de alargarla, que no siempre es quien más lo necesita. Acuerda un tiempo, dilo en minutos y cúmplelo. Para una sesión de cuatro cartas con conversación, treinta a cuarenta y cinco minutos es razonable; si tu ritmo es otro, el que sea, pero dicho antes.

Hay dos momentos en los que la duración se juega. El primero es el aviso. Cuando falta poco, no cuando ya has pasado, se dice: «Llevamos veinticinco minutos de los treinta; quedan cinco. ¿Cerramos con la cuarta carta o prefieres dedicar el resto a lo que ya ha salido?». Con el aviso, la persona elige cómo gastar el tiempo que queda. Sin el aviso, descubre que se ha acabado cuando se acaba.

El segundo momento es el de pasarse. Pasarse de la hora una vez no es grave, siempre que se reconozca en voz alta y se pida permiso para seguir: «Nos hemos pasado cinco minutos de lo acordado. Puedo cerrar ahora o seguir diez minutos más, tú decides». Lo que no vale es alargar en silencio porque la conversación va bien. Ese «va bien» lo estás juzgando tú, y lo que va bien para ti puede ser cansancio para ella o un compromiso que le ha surgido después.

Hay una razón menos obvia para ser estricto: una sesión que termina cuando se acordó enseña que el tiempo de la persona se respeta. Eso pesa más de lo que parece cuando se acaba hablando de algo que importa. Quien sabe que la sesión no se estirará se atreve a decir lo que le preocupa, porque sabe cuánto va a durar la exposición.

Si se cobra, el precio se dice antes de empezar, igual que la duración, con las mismas palabras y en el mismo momento: «Son cuarenta minutos y el precio es tanto; si nos pasamos, no lo cambio». Aquí el libro se detiene. Las obligaciones

legales o fiscales de cada país no se tratan en estas páginas: no consta nada que pueda decirte con rigor desde aquí, y la lectura de cartas no habilita para dar consejo en esos terrenos. Acordar con claridad alcance, duración y precio es una cuestión de honradez entre dos personas; el resto lo resuelve cada cual con quien corresponda.

Y una regla simple de agenda: nunca empieces una sesión sin saber cuándo la vas a terminar. Si no tienes tiempo, es mejor no empezar que empezar y cortar. Una sesión interrumpida por tu prisa deja a la persona con la sensación de haber sido tratada como un trámite, y eso se queda.

— Lo que la persona espera —

Antes de que la persona formule su pregunta, hay una pregunta previa que casi nadie hace: ¿qué esperas de esta sesión? No es lo mismo que «¿qué quieres saber?». Lo primero habla de lo que ella busca al sentarse, lo segundo de lo que cree que la baraja puede darle. Las expectativas más frecuentes son cuatro. Certeza: que alguien le diga cómo acaba. Compañía: que alguien la escuche sin juzgar un rato. Permiso: que una carta autorice algo que ya ha decidido. Entretenimiento: un rato curioso con un poco de misterio. Casi nunca viene una sola. Y casi siempre la que más pesa es la que menos se dice.

Hay una pregunta que ordena todo lo demás: ¿qué harías con la respuesta? Si la persona contesta «me quedaría tranquila», estás ante una petición de consuelo, y la sesión puede ofrecerle eso con honradez. Si dice «ya no prepararía la entrevista», la respuesta que pide tiene una decisión colgada, y una decisión colgada de una carta es el peor lugar para tenerla. Esa respuesta te dice dónde está el riesgo, y lo dice antes de que las cartas puedan empujar a nadie.

Cuando la expectativa es imposible, la tentación es evitar la discusión con un «ya veremos». Es la salida más cómoda y la peor. Lo que no se aclara al principio se aclara después en peores condiciones: la persona se ha entusiasmado con la promesa que creyó recibir, y el desengaño llega junto con la sensación de que le han engañado. Lo honrado es decir la verdad pronto y con suavidad: «No puedo decirte si te lo darán. Sí puedo mirar contigo qué cosas están en tu mano». Sin sermón, sin explicar cómo funciona el universo, sin disculparte. Se dice una vez y se pasa a lo que sí se puede ofrecer.

Observa cómo se aplica la escala de tres grados en este punto. Lo que se ve es lo que la persona dice: «quiero saber si me van a dar el puesto». Lo que se infiere es lo que sospechas: probablemente quiere alivio ante una espera larga. Lo que no consta

es qué piensa hacer con tu respuesta, y por eso hay que preguntarlo, no suponerlo. Quien confunde las tres cosas acaba contestando a una pregunta que nadie ha hecho.

Cuidado con la reacción de la persona cuando le corriges la expectativa. Puede enfadarse, desilusionarse o preguntarte para qué sirve entonces. Todas son respuestas razonables y ninguna es una ofensa. No te defiendas ni defiendas las cartas; limítate a contar qué sí se puede hacer y deja que ella decida si le interesa. Una persona que se marcha porque no le sirve lo que ofreces ha recibido más honradez que otra que se queda por una promesa que no se cumplirá.

Y una última cosa sobre las expectativas: también tienes las tuyas. Quizá quieras que la sesión salga bien, que ella quede impresionada, que te recomiende. Ese deseo es humano y te empuja a prometer. Nómbralo para ti en el momento en que notes la tentación y deja la sesión en lo que puede ser, que es una conversación honrada con cuatro cartas.

— La decisión de seguir —

Un acuerdo que no pide un sí no es un acuerdo. Después de presentarte, de fijar el alcance, de decir la duración y de aclarar las expectativas, queda un paso corto y decisivo: preguntar si la persona quiere seguir así. Una frase vale: «Con lo que hemos hablado, ¿quieres que sigamos o prefieres dejarlo aquí?». La respuesta puede ser sí, puede ser no, y puede ser un «bueno» dicho con el cuerpo hacia atrás. Ese «bueno» no es un sí. Se vuelve a preguntar.

Dejar la salida abierta tiene una virtud concreta: convierte el sí en una decisión suya. Quien ha podido irse y se queda está más presente que quien se queda porque no sabía que podía irse. Por eso conviene decirlo en voz alta, sobre todo con personas tímidas o con quienes han venido empujadas por otra persona. «Puedes parar cuando quieras, sin darme explicaciones» es una frase que se dice una vez y no se repite cada cinco minutos.

También tú puedes decir que no. Hay peticiones que no vas a poder atender: una pregunta que solo se puede responder con una autoridad que no tienes, una situación que te supera, un día en que no estás en condiciones. Rechazar la sesión con una frase clara y sin dramatismo forma parte del oficio. Decirlo pronto es un favor: «Creo que esto que me pides es mejor que lo hables con alguien preparado para ello; yo no puedo ofrecerte eso». Si lo que describe suena a algo serio, no pretendas valorarlo: sugerir que consulte a un profesional, en general, es suficiente, y no se nombran recursos concretos porque dependen del país.

La decisión de seguir tiene una consecuencia práctica: se guarda. Si la persona ha dicho sí a un alcance y a una duración, esa respuesta es la base sobre la que se corrige cualquier desvío posterior. Cuando a mitad de sesión te pida algo fuera de lo acordado, puedes decir: «Esto queda fuera de lo que acordamos. ¿Lo dejamos para otra vez o prefieres cambiar el acuerdo ahora?». Sin el acuerdo del principio, esa frase carecería de apoyo y parecería una negativa arbitraria. Con él, es solo recordar lo que las dos partes dijeron.

Para cerrar este recorrido, una lista corta de lo que debe quedar dicho, antes de barajar, en una sesión bien acordada: quién eres y qué no haces; qué se va a mirar y qué no; cuánto va a durar y cuándo se avisa; qué espera la persona y qué haría con la respuesta; y un sí claro. Cinco cosas, dichas en menos de cinco minutos. Lo que sigue es la prueba de que cuesta más hacerlo mal que bien.

— La sesión del capítulo —

La sesión transcrita a continuación es ficticia y está fabricada para este libro. Aurelio Casas es un lector con algunos años de práctica que lee para gente de su entorno y no cobra. Marisol Quintanilla, de cuarenta y un años, es la hija de una amiga de una amiga: se conocen de vista, no más. Se citan en casa de él. Hay una baraja Rider-Waite sobre la mesa, sin tocar. Comienzan.

Las cuatro cartas salen en las posiciones fijas del libro: pregunta acordada, recurso del consultante, dificultad declarada y cierre. En esta sesión, el trabajo importante ocurre antes de sacar ninguna de ellas.

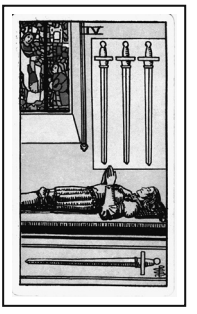
Una sesión para acordar



1 · Pregunta acordada



2 · Recurso del consultante



3 · Dificultad declarada



4 · Cierre

La sesión de Marisol y Aurelio: la pregunta se acordó antes de sacar ninguna carta, y lo que cada carta recibe lo pone la consultante.

T1 · Lector: Hola, Marisol, gracias por venir. Antes de tocar la baraja quiero contarte cómo trabajo y preguntarte qué esperas tú de esta sesión. La baraja está sobre la mesa y no la voy a coger todavía. ¿Te parece bien que empecemos por ahí?

T2 · Consultante: Sí, claro. Me dijo Elena que lees muy bien las cartas. Vengo con una sola duda: me presenté a un puesto de coordinadora en mi empresa y quiero que me digas si me lo van a dar.

T3 · Lector: Eso lo vemos enseguida, para eso están las cartas. Barajo, saco y te digo qué sale.

T4 · Consultante: Perfecto, porque si me dices que sí, me quedo tranquila y ya no preparo la entrevista del jueves tan a fondo. Llevo semanas con ella en la cabeza.

T5 · Lector: Espera, Marisol. Lo que he dicho en el turno 3 no lo puedo sostener, y tú acabas de decirme qué harías con la respuesta. Retiro esa frase. Las cartas no pueden decirme si te darán el puesto: lo decide gente que no está en esta mesa y que, por lo que cuentas, todavía no ha decidido. Lo que sí puedo hacer es mirar contigo cuatro cartas sobre cómo llegas tú a esa decisión. ¿Prefieres que hagamos eso, o prefieres no hacer la sesión?

T6 · Consultante: Hombre, esperaba un sí o un no, la verdad. Me fastidia un poco. ¿Y entonces para qué sirve?

T7 · Lector: Es razonable que te fastidie. Te cuento qué sí ofrece: una conversación de unos treinta minutos, con cuatro cartas, en la que miramos lo que se ve en cada imagen y tú me dices qué te sugiere a ti. Yo no te voy a decir qué va a pasar ni qué debes hacer. Qué haces con lo que salga lo decides tú, y puedes parar cuando quieras sin darme explicaciones.

T8 · Consultante: Vale. Pero que no me digas cosas que no sabes.

T9 · Lector: Trato hecho, y te explico cómo lo marco. Diré «se ve» cuando hable de algo que está dibujado en la carta, «se infiere» cuando lo deduzca de lo que se ve, y «no consta» cuando solo puedas saberlo tú o nadie. Son treinta minutos; a los veinticinco te aviso para decidir si cerramos o seguimos. Es una sesión de reflexión y de entretenimiento: no sustituye a nadie que decida por ti ni a ningún profesional. ¿Hasta aquí te encaja?

T10 · Consultante: Sí. ¿Y la pregunta cuál sería? Porque la mía ya no sirve, ¿no?

T11 · Lector: Vamos a construirla juntos. La tuya pedía una predicción. Una que sí podemos mirar es: ¿qué quieres tener claro de ti misma antes de la entrevista del jueves? ¿Te vale, o la dirías de otro modo?

T12 · Consultante: Me vale, pero cambiaría «claro» por «presente». Qué quiero tener presente de mí antes del jueves.

T13 · Lector: Mejor así. La dejo escrita con tus palabras: «¿Qué quiero tener presente de mí antes de la entrevista del jueves?». Esa es la posición uno. Para las posiciones dos y tres necesito material tuyo, no mío: un recurso que tú reconozcas en ti y una dificultad que tú quieras declarar. Las cartas las voy a leer yo, pero lo que vas a poner en la mesa eres tú. ¿Qué recurso y qué dificultad me nombrarías?

T14 · Consultante: Recurso: cuando hay un conflicto en mi equipo me llaman a mí porque no tomo partido. Dificultad: llevo semanas sin parar y no sé si quiero el puesto o solo quiero que me lo reconozcan.

T15 · Lector: Gracias, queda anotado con tus palabras. Pregunta acordada y primera carta: el Mago. Se ve una figura de pie, de frente, con un brazo en alto que sostiene una vara blanca y el otro bajando con el índice hacia el suelo; a la izquierda de quien mira la carta hay una mesa roja con una copa, un pentáculo y una espada. Se infiere que hay cosas dispuestas y a la vista. Para tu pregunta, ¿qué cosas tienes tú sobre la mesa de cara al jueves?

T16 · Consultante: Tengo los informes del último año y las cifras del equipo. Y sé explicarlo.

T17 · Lector: Eso lo has aportado tú y encaja con la imagen: objetos a la vista. No consta que el Mago diga que el puesto sea tuyo, y no lo estoy diciendo. Segunda carta, tu recurso: la Justicia. Se ve una figura sentada en un trono entre dos columnas, con una espada erguida en la mano que queda a la izquierda de quien mira y una balanza que cuelga de la otra. Se infiere un criterio, un modo de pesar las cosas. Tú me has dicho que no tomas partido: ¿te reconoces en eso o te suena ajeno?

T18 · Consultante: Me reconozco. Pero también me da rabia que solo me valoren por eso, por aguantar a todos y no por proponer nada.

T19 · Lector: Eso es tuyo y lo apunto con tus palabras: «me valoran por no tomar partido, no por proponer». Tercera carta, la dificultad que declaraste: el Cuatro de Espadas. Se ve un caballero con armadura tumbado boca arriba sobre una tumba de piedra, con las manos juntas; tres espadas colgadas en la pared sobre él, con la punta hacia abajo, y una cuarta tumbada en el frente de la tumba; arriba a la izquierda, una vidriera con dos figuras. Se infiere una pausa. Que esa pausa sea la que tú necesitas no consta: lo sabes tú. ¿Qué te sugiere junto a lo de «semanas sin parar»?

T20 · Consultante: Que no he parado. Y que si me dan el puesto voy a parar todavía menos. Igual esa es la pregunta de verdad: si lo quiero.

T21 · Lector: Esa frase es tuya y es una pregunta mejor que la que traías; la dejo en tus manos. Última carta, el cierre: el Mundo. Se ve una figura que baila dentro de una gran corona de laurel, parcialmente cubierta por una banda morada y con una vara

blanca en cada mano; en las cuatro esquinas, un rostro humano arriba a la izquierda, un águila arriba a la derecha, un toro abajo a la izquierda y un león abajo a la derecha. Se infiere algo completo, un círculo cerrado. No consta que sea el puesto ni un sí de nadie. Como cierre te propongo otra cosa: ¿qué te llevas de esta conversación?

T22 · Consultante: Me llevo dos cosas: preparar el jueves con lo que tengo en la mesa, o sea mis informes, y decidir antes si lo quiero de verdad.

T23 · Lector: Se me ha pasado el aviso: te dije que a los veinticinco minutos te avisaría y llevamos treinta y cinco. Perdona, me he enganchado a la conversación. Puedo cerrar ahora o seguir diez minutos más; decides tú.

T24 · Consultante: Cerramos aquí, que tengo que recoger a mi hijo. Gracias.

T25 · Lector: Gracias a ti. Recuerdo lo acordado: miramos lo que querías tener presente tú, no lo que decidirán otros. El jueves y las dos cosas que te llevas son tuyos. Si más adelante quieres otra sesión, la acordamos desde el principio, como hoy.

— Notas a la transcripción —

Todas las sesiones de este libro son inventadas, y esta no es una excepción: Aurelio y Marisol son personajes y sus turnos, un material para estudiar. Lo importante es ver dónde se tuerce la conversación y cómo se arregla sin deshacer lo dicho.

El error está en el turno 3. Marisol pidió una certeza en el turno 2 y Aurelio la acepta sin nombrarla: «Eso lo vemos enseguida». No dice «sí te lo darán», pero deja que ella entienda que las cartas contestarán lo que pidió. En el turno 4 se ve el coste: la consultante anuncia que, con un sí, preparará menos la entrevista. Ahí hay una decisión colgada de una respuesta que no existe.

La reparación llega en el turno 5, que no corrige el turno 3 sino que añade algo nuevo encima de él: el lector retira la frase, explica por qué y vuelve a abrir la puerta. Fíjate en el orden de las piezas. Primero retira lo dicho («Lo que he dicho en el turno 3 no lo puedo sostener»); después da la razón («lo decide gente que no está en esta mesa»); después ofrece algo posible («mirar contigo cuatro cartas»); y termina con una elección real, que incluye no hacer la sesión. Nada de lo que dice el lector a partir de ahí contradice lo dicho antes: el turno 3 queda donde estaba, con su error visible.

El turno 6 es la reacción esperable: fastidio. El lector no se defiende ni defiende las cartas. En el turno 7 vuelve a lo concreto, sin una palabra de justificación: qué ofrece, cuánto dura, quién decide. Ese es el tono.

En los turnos 9 y 10 se fijan la duración, el método y el descargo. Observa que la pregunta de Marisol en el turno 10 («Porque la mía ya no sirve, ¿no?») muestra que

ha entendido el cambio de alcance: ya no pide una predicción, pide una pregunta nueva. El lector no se lo recuerda; le ofrece una en el turno 11 y la deja moldear en el 12. La palabra «presente», en lugar de «claro», es de ella, y la pregunta acordada la conserva tal como ella la dijo.

El turno 13 pide material: un recurso y una dificultad. Nadie le dicta a Marisol su recurso ni su dificultad; los pone ella en el turno 14, con sus palabras. Esos dos datos son los únicos que el lector usa luego sobre ella: ninguno de los demás los ha aportado él.

Desde el turno 15, el lector aplica la escala en cada carta y la mantiene. En el Mago, lo que se ve es una mesa roja con una copa, un pentáculo y una espada, y la vara en la mano alzada. En el turno 17 se ve la espada erguida en la mano que queda a la izquierda de quien mira y la balanza en la otra. En el turno 19 se ven tres espadas colgadas con la punta abajo y una cuarta tumbada en el frente de la tumba, y la vidriera con dos figuras arriba a la izquierda. En el turno 21 se ven las cuatro esquinas del Mundo: rostro humano, águila, toro y león. No se dice nada de lo que no se ve. Compruébalo con las cuatro imágenes delante.

Observa también lo que el lector no hace. No dice que Marisol esté agotada: ese dato lo pone ella en el turno 14. No dice que no quiera el puesto: lo dice ella en el turno 20. No interpreta el Mundo como un sí. Cada vez que Marisol dice algo, el lector lo anota con sus palabras y lo devuelve como suyo. Es una disciplina pequeña: ¿quién ha dicho eso, la carta o la persona?

El turno 23 recoge una segunda falta, más pequeña: el aviso a los veinticinco minutos prometido en el turno 9 no llegó. Aurelio lo reconoce sin dramatizar, ofrece cerrar o seguir y deja elegir. Ella cierra en el turno 24 y el lector respeta la decisión. El turno 25 repite el alcance con las palabras del principio, que es todo el resumen que hace falta en una sesión tan corta.

Para cerrar, un recuento de controles. La carta que el lector nombra en cada posición es la que está en esa posición: el Mago en la uno, la Justicia en la dos, el Cuatro de Espadas en la tres y el Mundo en la cuatro. Nadie confirma un dato que nadie aportó. Y los nombres y referentes se mantienen de principio a fin: Marisol, Aurelio, Elena (una amiga de una amiga, que solo aparece una vez), el puesto, la entrevista del jueves.

Turno	Afirmación	Evidencia (carta o persona)	Reparación
T3	«Eso lo vemos enseguida, para eso están las cartas»	Ninguna: es una promesa del lector, no un dato ni de la carta ni de la persona	T5: retira la frase, explica quién decide el puesto y ofrece otra sesión
T4	«Si me dices que sí, ya no preparo la entrevista»	Persona: lo declara Marisol	T5 usa este dato para fijar el alcance; la decisión no puede depender de una carta
T9	«A los veinticinco minutos te aviso»	Persona: es un compromiso del propio lector	T23: reconoce que no avisó y deja elegir entre cerrar o seguir
T14	Recurso («no tomo partido») y dificultad («semanas sin parar»)	Persona: los pone Marisol con sus palabras	Se anotan literales y se devuelven como suyas en T15 a T19
T17	«Se infiere un criterio, un modo de pesar las cosas»	Carta (la Justicia: espada y balanza) para lo que se ve; inferencia del lector	Se somete a Marisol: «¿te reconoces o te suena ajeno?»
T19	«Que esa pausa sea la que tú necesitas no consta»	Carta (Cuatro de Espadas: figura tumbada) y persona (solo ella sabe si necesita parar)	Se pregunta qué le sugiere junto a lo que dijo en T14
T21	«No consta que sea el puesto ni un sí de nadie»	Carta (el Mundo: figura en una corona, cuatro esquinas)	Se cambia el cierre por una pregunta: «¿qué te llevas?»

Ejercicio A

Repara este turno de apertura. Aurelio escribe: «Tú pregunta lo que quieras y la baraja te contestará. Seguimos hasta que se te acaben las dudas, el tiempo que haga falta. No te cobro y no te voy a decir nada que no esté en las cartas, así que puedes fiarte». Localiza, en tres columnas, qué promete, qué no puede sostener y cómo lo dirías tú sin reescribir el turno: escribe un turno nuevo que lo repare.